

## ¿CÓMO VIVE LA CUARESMA UNA MONJA CONCEPCIONISTA?

Como un tiempo de gracia para insertarnos más hondamente que el resto del año en el misterio y locura de la Cruz, en el silencio redentor de Cristo y en su soledad, a fin de llegar a entender el valor del sufrimiento redentor con su mente divina.

Para Jesús, la Cruz no fue figura de muerte, ¡cierto!, sino de vida. Él, sabía que su Muerte era el precio de nuestra redención, el precio de nuestra vida regenerada. Su dolor y Muerte dio a luz al hombre nuevo renovado en justicia y santidad verdaderas (Ef 4,23s). Y junto con Jesús, María, la Corredentora, que en su mayor angustia llegó a alcanzar la cumbre de su maternidad de gracia. Por eso la llamamos, con verdad, Madre de los redimidos.

Todo esto lo reflexiona la Monja Concepcionista entendiéndolo que, para asumir ella misma esa nueva vida, tiene que alimentarse del espíritu de la redención. Es decir, debe procurar meter todo su ser en el espíritu de la redención gloriosa, dejando que la penetre, para redimir sus tendencias desordenadas, ordenar su mente de pecado, pasando con la voluntad al modo de pensar, amar y obrar de Cristo. Que debe redimir su amor, alejándolo del mal y estableciéndolo en el bien, cambiando el propio egoísmo, destructor de su propia persona, en fuerza regeneradora de su ser, en beneficio de los demás.

Y esto, hecho con autenticidad. Como lo hizo Cristo. Asumiendo su modo de obrar: "Ejemplo os he dado para que hagáis vosotros como yo hice" (Jn 13,15). Asumiendo su amor al Padre, viviendo y muriendo para cumplir su voluntad hasta hacer de ella el "sostenimiento" único de su ser filial y el soporte glorioso de su gran misión: "Padre... Yo te glorifiqué en la tierra, llevando a término la obra que me encomendaste" (Jn 17,4). Haciendo vida su amor a los hermanos, hasta el extremo (Jn 13, 1), el suyo fue dejar su vida colgada de un madero transida de amor y de dolor por nosotros, pecadores. Asumiendo también su oración, su constante oración, y su ayuno. Sí, su ayuno, su austeridad, su vida mortificada y pobre, su inmolación.

La Concepcionista vive así el tiempo Cuaresmal para mejor lograr los frutos de conversión que Jesús predicaba: "Arrepentíos y creed en el Evangelio" (Mc 1,15). Y para comprobar en la propia persona cómo la penitencia transforma, salva: "Si no hacéis penitencia, todos pereceréis" (Lc 13,3) nos dijo el Señor.

Y, porque hay muchos modos de entender las cosas del espíritu, tantos cuantos son los grados de la vida espiritual, la monja Concepcionista, por su consagración monástica, entiende que la penitencia Cuaresmal es para ella el mejor programa de vida interior, de oración y de mística irremplazable, para adentrarse en el conocimiento de las entrañas redentoras de Cristo, para experimentar, cómo Él se fue haciendo redentor de los hombres, con tanto esfuerzo y amor, y para, con Él, ofrecer su cuerpo y su espíritu macerado por el bien espiritual de los hermanos, sufriendo en su misma carne la angustia, el hambre y el sufrimiento de ellos, ayunando o quitándose el pan para darlo, mediante la limosna, al hermano que muere de hambre. Y si hace más intensa su austeridad, más denso su recogimiento, más honda su inserción en la soledad, es, para potenciar la fuerza divina de amor y santidad que le facilita la oración, en bien de los hermanos. En beneficio de su ser integral, cuerpo y espíritu, pues a veces el mal, como nos ha dicho el Señor, sólo puede ser expulsado con la oración y el ayuno (Mc 9,29).

Con este espíritu trata de vivir la monja Concepcionista la Cuaresma según le pide su propia espiritualidad, que la inserta en el misterio de la santidad original de María. Misterio de la liberación del pecado. Misterio de la no violencia. Misterio de amor, en el que hemos de entrar todos los redimidos, para que en el mundo termine el mal y reine el amor.